

EL SIMBOLO DE LA MUJER EN LA OBRA DE ERNESTO SABATO

Ernesto Sábato, cuando reflexiona sobre el hecho literario, explicita lo que se encuentra en su obra narrativa. El inquisidor y el oficiente coinciden. El oficiente lleva a cabo el examen de la condición humana que le exige el inquisidor y, movido por la búsqueda de la realidad última del hombre, explora los territorios en los que nacen el mito, los sueños, los símbolos, las fantasías.

Al recorrer el mundo de la novela sabatiana, sentimos la tensión existente entre la vida consciente y la inconsciente. Después del descenso a las regiones del inconsciente, en las que se tiene contacto con las formas primigenias, se efectúa el movimiento de ascensión hacia la realidad consciente. Pero las formas primigenias afloran sin haber perdido las huellas de las zonas que están veladas por el misterio. Y, por ejemplo, la realidad de la mujer se nos da a conocer a través del símbolo.

En los personajes femeninos encontramos los símbolos que la humanidad ha proyectado y que el artista reelabora. También aparece el tema de la mujer enigmática, de la inaprehendibilidad de su ser y de la obsesión sexual del hombre en su intento de desvelar el enigma (la relación sexual, por el contrario, acrecentará el misterio y la inaccesibilidad. Esto se vincula a la incapacidad amorosa, a la búsqueda inmadura de un amor absoluto en un mundo que se caracteriza por su relatividad).

Hallamos una imagen de mujer que trae a la memoria las palabras de Freud: «El enigma de la mujer no puede ser comprendido ni por los hombres ni por las mujeres, quienes son ellas mismas el enigma.»

Como personajes femeninos, las mujeres-enigmas ofrecen óptimas posibilidades para provocar el movimiento (dentro y fuera de sí mismos) de los personajes masculinos con los que se relacionan. Además, si esos entes de ficción fueran aprehendibles perderían su fuerza poética, su dramaticidad mítica. En el ensayo, Sábato también se refiere a una mujer arquetípica.

Para descubrir los aspectos de la realidad a los que aluden esos símbolos vamos a transitar el mundo diurno (el ensayo) y el nocturno (la novela).

LA MUJER Y LA PERSPECTIVA BIOLÓGICO-METAFÍSICA

La personalidad femenina es tratada en el ensayo con una perspectiva biológico-metafísica. No hay un estudio sociológico de la mujer. Las causas históricas, que tanto influyeron en la formación del carácter femenino, no se consideran decisivas.

En *Uno y el Universo*, la única vez que se refiere a este tema afirma: «Habrá siempre un hombre tal que, aunque su casa se derrumbe, estará preocupado por el Universo. Habrá siempre una mujer tal que, aunque el Universo se derrumbe, estará preocupada por su casa.»

Esta descripción del hombre como un ser que tiende a explorar e interesarse por lo que está fuera de sí y de la mujer como alguien cuyos intereses se reducen a su pequeño mundo concreto la encontramos a menudo en las páginas del género diurno.

La delimitación de rasgos femeninos por oposición a rasgos masculinos es la que exclusivamente utiliza en *Heterodoxia*. Aquí el pensamiento de Sábato se mezcla con el que proviene de las fuentes en las que indaga —literarias, filosóficas, míticas, psicológicas—. El estilo es fragmentario y a sus propias afirmaciones se yuxtaponen citas de otros autores. A veces las declaraciones apasionadas de un apartado se mitigan o incluso se contrarrestan con lo que se manifiesta en otro. Hay que leer cuidadosamente este ensayo para no tomar como propias del autor ideas que pertenecen a otro pensador y con las cuales Sábato no está de acuerdo (o, quién sabe, quizá uno de sus yo esté de acuerdo o, por ejemplo, las aseveraciones de un Weiniger son negadas por el escritor, pero pueden producirle la misma satisfacción que a veces suele producir el encontrar en un personaje ideas totalmente opuestas a las de quien lo creó, tal como el mismo Sábato comenta en otro ensayo que algunas veces sucede con el autor y sus personajes: ¿acaso el doctor Schnitzler, criatura salida de su pluma, no muestra una repugnancia hacia lo femenino, advertida por el Sábato personaje de *Abaddón*, que nos hace recordar el desprecio weinigeriano?). El fragmento que lleva por título «Pero ¿tiene alma la mujer?», en el que hace referencia a la respuesta de Weiniger, para quien era evidente que no, y que termina aforísticamente: «En consecuencia, cuando se trata de mujeres, *cherchez l'homme*», es con-